

Domingo XXIV del tiempo Ordinario del ciclo C.

"Porque yo quiero amor, no sacrificio,
conocimiento de Dios, más que holocaustos" (OS. 6, 6).

Ejercicio de lectio divina de LC. 15, 1-32.

1. Oración inicial.

Iniciemos este encuentro de oración y meditación, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R. Amén.

Acerquémonos al Señor con la humildad de los publicanos y demás pecadores que aceptaron la predicación del Hijo de Dios y María, y no con la prepotencia de los letrados y fariseos, quienes, por cumplir prescripciones religiosas, se creían merecedores de la amistad divina.

Orar es trabajar para que llegue el día en que vivamos en un mundo en que no exista la exclusión social.

Orar es creer que llegará el día en que la humanidad viva conformando la familia de los hijos de Dios.

Acerquémonos al Señor imitando la conducta de quienes eran marginados por los escribas y fariseos, porque no se amoldaban plenamente, al cumplimiento de sus prescripciones religiosas.

Orar es saber que Jesús es el Buen Pastor al que, si se le pierde una de sus cien ovejas, deja las noventa y nueve restantes en el desierto, y la busca hasta que la encuentra. En este caso, el desierto es el estado en que los cristianos aprendemos a perfeccionarnos, superando las dificultades que nos caracterizan, con la ayuda del Espíritu Santo.

La actitud de Jesús es comparable a la persistencia con que una mujer israelita, a quien se le perdió una de las diez monedas que recibió como regalo cuando se casó, encendió una lámpara, y barrió minuciosamente su casa, hasta que logró encontrarla, quizás en la hendidura de una piedra.

Tanto el pastor que encontró su oveja perdida, como la mujer que encontró la moneda que notó que llegó a faltarle, compartieron la alegría que los caracterizó cuando encontraron lo que querían, con sus allegados. Ello nos recuerda la importancia que tiene el hecho de compartir nuestros gozos y tristezas, con nuestros familiares, y los hermanos en la fe que tenemos.

Orar es tener conciencia de que, tal como el padre del hijo pródigo no le impidió a su descendiente dilapidar su parte de la herencia familiar, Dios nos deja actuar, sin impedirnos hacer uso de la libertad, que nos ha concedido.

Jesús es el Camino que nos conduce a la presencia de Nuestro Padre celestial, la Verdad que nos hace libres, y la Vida que añoramos (JN. 14, 6, y 8, 32). Desde esta perspectiva, comprendemos que, negándonos el hecho de alcanzar la felicidad que anhelamos y el Mesías nos ofrece, no usamos adecuadamente los dones y virtudes que hemos recibido del Espíritu Santo, para alcanzar tan ansiada meta.

Así como el hijo pródigo pudo regresar a la casa de su padre cuando derrochó todos los bienes que heredó, en la vida se nos ofrecen muchas oportunidades para tener fe en Dios, pero no siempre nos mostramos dispuestos a aprovecharlas. Independientemente de que nos consideremos religiosos, haremos lo posible para no acabar mal, como le sucedió al hijo pródigo, quien volvió a encontrarse con su padre, no porque lo amaba, sino porque, su estado miserable, lo obligó a hacer lo que jamás hubiera hecho voluntariamente, por causa de su orgullo.

¿Por qué nos relacionamos con Dios? El hijo pródigo quiso reencontrarse con su padre, porque la miseria lo obligó a ello.

¿Nos relacionamos con Dios porque lo queremos como Padre bueno, o porque necesitamos que nos beneficie?

¿Queremos que Dios nos trate como a hijos, o como a jornaleros?

¿Qué posición consideramos que ocupamos en la viña del Señor?

En ciertas situaciones, sucede que, muchos que se confiesan, le dan más importancia a su lista de acusaciones personal, que a la manera en que Dios los acoge. El padre del hijo pródigo no escuchó la fórmula de arrepentimiento con que su hijo quiso ser considerado como siervo, y le devolvió el honor que despreció, cuando se alejó de sus familiares. Más importante que recordar todos nuestros pensamientos y obras malas cuando nos confesamos, es tener la intención de amoldarnos al cumplimiento de la voluntad divina, desde el momento en que deseamos reconciliarnos con Dios y la Iglesia.

Qué desengaño debió llevarse el padre de la parábola erróneamente llamada del hijo pródigo, cuando descubrió que, aquel hijo que jamás se separó de su lado, no lo sirvió porque lo amaba, sino con la intención de adueñarse de todas sus posesiones, y de adaptarlo al cumplimiento de sus deseos, pues, por haber trabajado como un esclavo, se creía merecedor de ser propietario de la fortuna familiar.

¿Podrán aceptar quienes cumplen la voluntad de Nuestro Padre común para recibir favores divinos que Dios no los ama por su escrupuloso cumplimiento de sus prescripciones religiosas, sino porque son sus hijos?

¿Cómo sabía el hijo mayor del padre que su hermano menor se había gastado el dinero con prostitutas, si no lo acompañó cuando se fue de casa? Evitemos juzgar a quienes no piensan ni actúan como nosotros, porque, por causa de nuestros

aciertos y errores, independientemente de que seamos religiosos, aprenderemos a vivir.

Todo lo que tiene Dios es nuestro, aunque ello no nos autoriza hacer lo que deseamos, cuando no cumplimos su voluntad, consistente en que la humanidad viva como una familia.

Oremos:

RESPIRA EN MI

Respira en mi

Oh Espíritu Santo

Para que mis pensamientos

Puedan ser todos santos.

Actúa en mí

Oh Espíritu Santo

Para que mi trabajo, también

Pueda ser santo.

Atrae mi corazón

Oh Espíritu Santo

Para que sólo ame

Lo que es santo.

Fortaléceme

Oh Espíritu Santo
Para que defienda
Todo lo que es Santo.

Guárdame pues
Oh Espíritu Santo
Para que yo siempre
Pueda ser santo.
(San Agustín).

2. Leemos atentamente LC. 15, 1-32, intentando abarcar el mensaje que San Lucas nos transmite en el citado pasaje de su Evangelio.

"Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta

Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos:

—«Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»

Jesús les dijo esta parábola:

—«Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles:

"¡Felicítadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido."

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas para decirles:

"¡Felicítadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido."

Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.»

También les dijo:

—«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

"Padre, dame la parte que me toca de la fortuna."

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo:

"Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros."

Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo:

"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo."

Pero el padre dijo a sus criados:

"Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Éste le contestó:

"Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud."

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre:

"Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado."

El padre le dijo:

"Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado""

2-1. Permanecemos en silencio unos minutos, para comprobar si hemos asimilado el pasaje bíblico que estamos considerando.

2-2. Repetimos la lectura del texto dos o tres veces, hasta que podamos asimilarlo, en conformidad con nuestras posibilidades de retener, si no todo el texto, las frases más relevantes del mismo.

3. Meditación de LC. 15, 1-32.

3-1. ¿En qué contexto expuso Jesús las tres parábolas de la misericordia?

"Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos»" (LC. 15, 1-2).

Los recaudadores de impuestos (publicanos) y demás pecadores públicos se acercaban a Jesús, con la intención de escucharlo predicar el Evangelio, y, los escribas y fariseos, se acercaban al Señor, para obligarlo a que se adaptara al cumplimiento de sus prescripciones religiosas, a no ser que quisiera sentirse rechazado, por quienes se consideraban superiores a los citados incumplidores de la Ley de Israel, por su manera de cumplir los mandatos de la misma, y de la Tradición de los ancianos.

Este es el contexto en que Jesús expuso las tres parábolas de la misericordia, que consideraremos en el presente trabajo. Por una parte, el Señor estaba rodeado de gente mal vista por la actitud que observaba, por su pobreza, y por sus enfermedades, y, por otra parte, estaba presionado por los fariseos, quienes querían obligarlo a adaptarse a cumplir sus normas legalistas, a no ser que quisiera que lo despreciaran. Aunque el Mesías quería ser seguido por los pecadores y los considerados creyentes intachables, los segundos rechazaban a los primeros, y presionaban a Jesús, para que hiciera lo mismo, pero, ¿cómo podría el Hijo de Dios y María despreciar a quienes hacían trabajos mal considerados para poder mal vivir? ¿Cómo podría Jesús despreciar a quienes incumplían la Ley por causa de su pobreza, o eran mal vistos, porque estaban enfermos? ¿Cómo podría conseguir el Señor que ricos y pobres, sanos y enfermos, buenos y malvados, justos y carentes de fe, lograran vivir como integrantes de la familia de Dios? Jesús no quiso enfrentarse a los escribas y fariseos, porque sabía que ese no era el medio idóneo para demostrarles que su manera de pensar no era aceptada ante el Dios que desea que sus hijos sean humildes para que puedan percatarse de su grandeza, y, como no quiso rechazar públicamente a los considerados pecadores públicos que lo apreciaban, expuso las parábolas de la oveja y la moneda perdidas, y el hijo pródigo.

3-2. Parábola de la oveja perdida.

3-2-1. La oveja perdida, y las noventa y nueve ovejas, que quedaron en el desierto.

"Entonces les dijo esta parábola.

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?" (LC. 15, 3-4).

El oficio de pastor no podía ser llevado a cabo por apocados, porque, los esclavos y asalariados, si perdían ovejas, tenían que devolvérselas a sus amos, o perder la comida o el dinero que recibían por realizar su trabajo, hasta que les devolvieran a los terratenientes, el importe de las mismas. Si bien en el caso de la parábola que estamos considerando, la oveja perdida solo representa el uno por ciento del valor de una propiedad, esta tenía que ser encontrada.

Es comprensible el esfuerzo hecho por el pastor para encontrar la oveja perdida, pero, ¿cómo se atrevió a dejar las noventa y nueve restantes en el desierto? Cualquier pastor, antes de disponerse a buscar una oveja perdida, -o a robar otra para dársela a su señor en el caso de no poder encontrarla, para no ser castigado-, dejaba el resto del rebaño en un lugar seguro, pero, en la parábola que estamos considerando, el desierto tiene una simbología, que debe tenerse en cuenta, para comprender la actitud de nuestro pastor, que pareció haber perdido la cordura, desde nuestro punto de vista.

La simbología del desierto, nos indica que el mismo no es un lugar, sino el estado en que los cristianos conocemos a Dios, y nos esforzamos en adaptarnos, al cumplimiento de su voluntad. Dado que el desierto es un estado de superación constante para los seguidores de Jesús, comprendemos por qué el citado pastor, no erró al dejar las noventa y nueve ovejas en el desierto, y se consagró a buscar la oveja perdida, sin preocuparse por las demás, pues, al saber que superaban dificultades y se les aumentaba la fe, supuso, -sin equivocarse-, que no tenía que preocuparse por ellas.

¿Tenemos la experiencia de haber perdido la fe, y de habernos sentido como ovejas perdidas y desorientadas, en un mundo en que hemos querido encontrar la felicidad, y no lo hemos conseguido?

Al recordarles a los letrados y fariseos cómo el pastor dejó las noventa y nueve ovejas en el desierto y buscó incansablemente la que se le perdió, Jesús les dijo a sus opositores, que para Dios, todos somos importantes, aunque, en vez de ser considerados como buenos creyentes, no nos adaptemos al cumplimiento de las prescripciones legales de ninguna denominación religiosa, y andemos como ovejas perdidas, sin encontrar ninguna creencia, que nos haga alcanzar, la plenitud de la felicidad.

¿Cómo actuamos al considerar que muchos de nuestros hermanos en la fe dejan de asistir a los lugares en que le tributamos culto a dios?

¿Nos interesamos por dichos hermanos, o consideramos que no merecen nuestro afecto, porque han tomado la decisión de alejarse de Dios?

3-2-2. ¿Cómo trata Jesús, -Nuestro Buen Pastor-, las ovejas perdidas, que se reincorporan a sus comunidades creyentes?

"Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros" (LC. 15, 5).

Al mismo tiempo que los escribas y fariseos cumplían sus normas legales escrupulosamente, castigaban a quienes no aceptaban dichas prescripciones, expulsándoles de las sinagogas, y sometiéndoles al abandono total, no solo por parte de sus hermanos de fe, pues también les hacían ser despreciados, por sus familiares. Dado que mucha gente rechazada por diversas causas se acercaba a Jesús, al describir la actitud del pastor que, después de encontrar la oveja perdida, tan cansada como para no poder moverse de tanto buscar el rebaño al que pertenecía inútilmente, la cargó sobre sus hombros, y la reincorporó al rebaño, sin castigarla, el Mesías explicó la forma idónea de tratar a los considerados pecadores.

Jesús era seguido por gente marginada por los fariseos por diversas causas. Aunque muchos de tales oyentes del Señor habían incumplido la Ley a sabiendas de que habían actuado contra la voluntad divina, todos merecían una nueva oportunidad de ser aceptados, y reincorporados, al pueblo de Dios. Cuanto más graves son los errores que cometemos, puede sucedernos, que más difícil nos sea,

reconstruir lo que rompimos, y recuperar las relaciones que perdimos. Solo si reconocemos que alguna vez fuimos ovejas perdidas, nos negaremos a rechazar, a quienes desean formar parte del pueblo de Dios, y no lo hacen, porque se creen indignos de ello, y nunca faltan fariseos, que hacen lo posible, por mantenerlos al margen, de las denominaciones cristianas.

Al leer el apartado 3-1 del presente trabajo, recordamos cómo los pecadores deseaban escuchar la predicación de Jesús, y cómo los escribas y fariseos, querían someter al Mesías, al cumplimiento de sus normas. La práctica religiosa no es contraria al cumplimiento de la voluntad de Dios, porque tiene la cualidad de aumentar nuestra fe en Él, pero si la llevamos a cabo sin amor, hace de nosotros, seres sumamente despiadados. Los escribas y fariseos hubieran querido que el pastor hubiera golpeado a la oveja perdida hasta cansarse, y que después la hubiera abandonado, hasta que hubiera muerto por causa de los golpes recibidos, el cansancio, la sed y el hambre.

Quizás en ciertas ocasiones, al olvidar que algún día pasado fuimos ovejas perdidas, nos mostramos intolerantes con todos los que, independientemente de que profesen nuestra fe, no se adaptan totalmente, a nuestra manera de pensar, y actuar, y, dado que a veces nos sucede que nos torturamos psicológicamente cuando erramos, es necesario que los discípulos de Jesús acojamos a todo el mundo, sin hacer distinciones marginales entre buenos y malos, justos y pecadores, porque solo Dios, tiene poder para juzgarnos, y su corazón, es misericordioso. El hecho de desear que cierto colectivo de personas corrija su actitud, no nos autoriza a marginarlo, para que, al sentirse rechazado, se vea obligado a hacer lo que nos agrada, alegando que ello obedece al cumplimiento de la voluntad de Dios.

3-2-3. Alegrémonos en cada ocasión que una oveja perdida se una a los creyentes en Jesús.

"y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido"" (LC. 15, 6).

Todos nos beneficiaríamos si cada día que llega un visitante a nuestras

comunidades de fe, lo acogieramos alegremente. Igualmente, de la misma manera que se difunden las noticias trágicas, deberían difundirse los sucesos buenos. Si nos apenamos cuando acontece una tragedia, ¿por qué no nos vamos alegrar de que un estudiante consiga terminar su carrera, o de que un cristiano, después de haber renegado de su fe y haber intentado buscar la felicidad sin conseguirlo, se reintegre a la comunidad creyente que jamás debió abandonar?

3-2-4. Alegrémonos cuando los considerados pecadores abracen la fe que profesamos.

"Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión" (LC. 15, 7).

Jesús les dijo unas palabras a sus opositores escribas y fariseos que debieron llenarlos de ira. Hay más alegría en el cielo cuando un pecador se amolda al cumplimiento de la voluntad divina arrepentido de haber desobedecido a su Padre celestial, que cuando noventa y nueve creyentes cabalmente cumplidores de sus prescripciones religiosas hacen lo que deben mecánicamente, sin amor, actuando como esclavos, no por humildad, sino creyendo que, su actitud sumisa, los hace merecedores, de la salvación. Recordemos nuevamente que el cumplimiento de las prescripciones religiosas es adecuado cuando nos ayuda a actuar como hijos de Dios, y no como esclavos que deben ganar algo a lo que creen que tienen derecho, y por ello olvidan que quizás algún día fueron ovejas perdidas, y, si ello no sucedió, les falta la experiencia del fracaso, la incomprensión, la soledad y la humillación, para aprender a acoger, a los considerados pecadores.

Si consideramos el hecho de que probablemente todos hemos sido ovejas perdidas, y nos encontramos entre los justos que no necesitan convertirse al Señor, ello significa, que no nos dejamos evangelizar, porque todos tenemos necesidad de ser discípulos de Jesús, si queremos alcanzar, la dicha que el Señor nos promete.

3-3. Parábola de la moneda perdida.

"«O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido." Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta»" (LC. 15, 8-10).

Si el pastor que perdió la centésima parte de una propiedad se decidió a buscar la oveja perdida, la mujer que perdió la décima parte de sus monedas, también hizo lo propio, más que en atención al valor de dicha moneda, por tener las diez que recibió, cuando se casó. Si consideramos que Dios nos valora, no por lo que somos, sino porque nos ama, comprendemos que nadie debe considerar que su valor es ínfimo, porque todos somos dignos de vivir en la presencia, de Nuestro Padre común. Recordemos que Dios no nos ama en atención a nuestros méritos personales. No somos estimados por nuestra dedicación a cumplir normas religiosas, sino porque, Nuestro Padre celestial, es misericordioso.

La mujer de la que Jesús habla en su parábola, era humilde, y vivía en una casa sin ventanas. Dado que se le perdió una de sus diez monedas, encendió una lámpara, y barrió cuidadosamente el suelo, hasta que la encontró. Este hecho me recuerda la manera en que los discípulos de Jesús debemos estar atentos a lo que sucede en el ambiente en que vivimos, con el fin de evangelizar, a los que necesiten conocer, al Dios Uno y Trino.

Tal como le sucedió al pastor que encontró la oveja perdida y la reincorporó al rebaño que pastoreaba, la mujer que encontró su moneda perdida, convocó a sus amigas y vecinas, y las hizo partícipes de su alegría.

Así como los ángeles se alegran cuando los pecadores se convierten al Evangelio porque aunque son superiores a los hombres son colaboradores de Nuestro Padre celestial, debemos alegrarnos cuando los transgresores de la Ley divina se incorporan a alguna comunidad de creyentes en el Señor, porque son nuestros hermanos, y porque quizás no siempre hemos sido santos, y también fuimos incorporados a una comunidad de discípulos de Jesús, hace tiempo.

3-4. Parábola del hijo pródigo.

3-4-1. Los dos grupos de hijos de Dios.

"Dijo: «Un hombre tenía dos hijos" (LC. 15, 11).

Si atendemos a lo expuesto en los apartados 3-1 y 3-2 de este trabajo, cuando Jesús expuso la parábola que vamos a considerar, el hijo menor del hacendado de la misma, estaba representado por los considerados pecadores, y, el hijo mayor, por los tenidos por creyentes intachables. Ello sucedió porque los israelitas consideraban que el rango familiar de los hijos mayores era superior al de los menores, quienes debían someterse a los primogénitos de sus familias, y los creyentes intachables, se consideraban superiores, a los transgresores, de sus prescripciones religiosas.

Cuando San Lucas escribió su Evangelio, los fariseos fueron la única rama del Judaísmo, que sobrevivió a la devastación de Jerusalén, acaecida el año setenta. Los fariseos se hicieron enemigos de los cristianos, y aprovechaban su influencia, para herir a los seguidores de Jesús, en su dignidad. Al considerar este hecho, y el deseo de muchos judíos cristianos de sentirse superiores a los seguidores paganos del Mesías, San Lucas debió pensar que el hijo menor estaba representado por los paganos conversos, y, el hijo mayor, por los judíos, independientemente de que fueran cristianos. Ello sucedió porque en las familias tenían más prestigio los hijos mayores que los menores, y los judíos se consideraban superiores a los gentiles.

En nuestro tiempo, el hijo menor está representado por quienes los cristianos que se consideran fieles cumplidores de la voluntad de Dios, y están representados por el hijo mayor del padre misericordioso, no dejan de rechazar.

El hacendado del que se nos habla en la parábola que erróneamente se denomina "del hijo pródigo", porque debería ser conocida como la "parábola del Padre misericordioso", es Dios.

3-4-2. ¿Por qué el hijo menor abandonó la casa paterna?

"Y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda" (LC. 15, 12).

Cuando Jesús habitó en Israel, los primogénitos tenían derecho a percibir la doble cantidad de bienes en herencia, que recibían cada uno de sus hermanos. Como los judíos vivían en familias y tenían el deber de permanecer unidos, cuando el padre de la parábola vio cómo su hijo menor le pidió su parte de la herencia, debió sospechar que quería separarse de él y su hermano, y quizás sintió que su hijo le dijo: "¡Muérete!".

Para comprender lo difícil que debió serle al padre de la parábola que estamos considerando repartir sus bienes entre sus descendientes, sabiendo que su hijo menor abandonaría el seno familiar, será útil recordar que, cuando Jesús predicó el Evangelio, los padres judíos, no se parecían a los padres occidentales, que, en la actualidad, les dan a sus hijos, todo lo que les piden. Los judíos amaban mucho a sus hijos, pero este hecho no los eximía de tratarlos severamente. Los padres eran jefes que tenían que ser obedecidos sin cuestionar sus órdenes, y, a pesar de ello, el padre del hijo pródigo, repartió su herencia entre sus descendientes, sin impedir que, su hijo menor, perdiera la libertad que lo caracterizaba, por haber alcanzado la juventud.

En el caso de que los pecadores estuvieran representados por el hijo menor de la parábola, y de que los fariseos estuvieran representados por el hijo mayor, debemos pensar que los segundos recibieron una herencia mayor que la que percibieron los primeros, porque constantemente eran instruidos en el conocimiento de la Palabra de Dios, y, cuanto mayor es la formación religiosa que se posee, más grande es la responsabilidad que se tiene, de aplicarla a la vida de fe. Los pecadores llevaron a cabo muchas de sus malas acciones por ignorancia, pero los fariseos, al ser conocedores de la Palabra de Dios, no debían aborrecer a los tales, e incluso tenían que reincorporarlos, al pueblo de Yahveh.

En el caso de que los cristianos procedentes del paganismo estuvieran representados por el hijo menor, y los judíos estuvieran representados por el hijo mayor, los últimos debían haberse relacionado con los gentiles, y haber compartido con los tales, su conocimiento de la Palabra de Yahveh, y su fe en el retorno del

Mesías.

En la actualidad, los intransigentes que no quieren que los pecadores se incorporen -o reincorporen- a las denominaciones cristianas, tienen la posibilidad de vincularse a los tales, para que toda la humanidad pueda formar parte, de la familia divina.

¿Por qué el hijo menor, a pesar de que tenía un padre que lo adoraba, y no tenía carencias, quiso separarse de su familia? Para poder responder esta pregunta adecuadamente, necesitamos estudiar la conducta del hermano de este. En nuestros días es normal el hecho de que muchos hijos, que no saben agradecer lo que sus padres hacen por ellos, -o tienen diversos problemas-, ansiosos de ser libres, quieran separarse de sus familiares, pero, para los oyentes de Jesús, el hijo que se atrevió a despreciar a sus familiares, y eligió no someterse a quienes en su tribu eran mayores que él, tendría que haber sido apedreado, por todos los hombres de su ciudad (DT. 21, 18-21).

¿Por qué muchos hijos abandonan a sus padres quienes les dan hogares que al menos aparentemente son confortables? No juzguemos a nadie sin sopesar las ideas que se nos puedan pasar por la mente, porque nadie se separa de los familiares por quienes se siente amado, ni deja su hogar confortable por simple placer, exceptuando al hijo pródigo, -claro está-, porque Jesús necesitó servirse de un supuesto personaje totalmente irresponsable, para demostrarles a los legistas y fariseos, que, la misericordia divina, es ilimitada.

¿Por qué muchos cristianos dejan sus denominaciones religiosas, si, supuestamente, las mismas, solventan sus carencias espirituales? En este caso, ocurre lo mismo que en el de los jóvenes que se separan de unos padres y hermanos, de quienes en su entorno social se cree que los adoran, y no sabemos hasta qué punto, ello pueda ser cierto.

3-4-3. El Hijo pródigo rompió con sus familiares.

"Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano

donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino" (LC. 15, 13).

El hijo menor, deseando no ser controlado por sus familiares, y sentirse libre, al tener una gran cantidad de dinero, se marchó a un país lejano, donde, mientras le duró su riqueza, se sintió feliz, y, a la medida que se arruinó, se sintió totalmente desdichado. A este irresponsable lo vemos reflejado en la actualidad, en muchos hijos jóvenes -y no tan jóvenes-, que viven a costa de sus padres, y no se esfuerzan en aprender a vivir, por sus propios medios. Tales personajes no se compadecen de explotar a sus padres, pues piensan que los tales deben hacer lo humanamente imposible, para pagar su elevado tren de vida.

El hijo menor no malgastó su hacienda intentando hacer varios trabajos los cuales no le fueron productivos, sino haciéndose adicto, de todos los vicios conocidos, y fue tan grande su anhelo de aparentar ante sus amigos que era un gran personaje, que, ni siquiera cuando se percató de que se arruinaba, se esforzó en ahorrar algún dinero, para evitar pasar hambre.

Tal como quienes son inmensamente pobres no pueden enriquecerse sin trabajar salvo que se dé el caso de que les den dinero y bienes, el hijo pródigo, quien no trabajó para aumentar sus bienes y despilfarró el dinero que heredó de su padre, quedó sumido en la pobreza.

¿Dónde buscan la felicidad quienes rompen con sus familiares?

¿Qué hacen para ser felices quienes abandonan las denominaciones cristianas en que les enseñaron a creer en Dios?

3-4-4. La consecuencia lógica del hecho de llevar una vida disoluta.

"«Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad" (LC. 15, 14).

Cuando el hijo pródigo malgastó el dinero que heredó, debió haber vuelto a la casa paterna, pero, ¿cómo hubiera soportado los reproches de su hermano? Dado que tenía una grave necesidad, hubiera soportado la posibilidad de humillarse ante su padre, pero, ¿cómo soportaría la maldad con que su hermano, cada vez que le fuera posible, le echaría en cara la manera en que despreció a su padre, y malgastó su parte de la herencia familiar? Recordemos que los religiosos podemos ser especialistas en ocultar nuestros pecados, aunque, para conseguir lo que queramos, tengamos que hacer resplandecer los errores de los demás, sin escrúpulos.

3-4-5. Con tal de no aguantar la intransigencia de su hermano, el hijo pródigo, cometió un nuevo error.

"Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos" (LC. 15, 15).

Cuando el hijo menor vio que tenía una gran necesidad, le pidió ayuda a un hacendado de la ciudad o pueblo en que vivía, el cual, con tal de que no lo molestara, lo envió a cuidar puercos, algo que resultaba muy humillante para los judíos, quienes consideraban que los cerdos eran, animales inmundos. Él pensó que le era preferible cuidar cerdos antes que humillarse ante el padre y soportar los reproches del hermano, pero, ¿siguió pensando lo mismo cuando se vio rodeado de tales animales, los cuales eran más privilegiados que él, porque no les faltaba comida?

3-4-6. ¿Cómo se sintió el hijo menor entre los cerdos que intentó cuidar para poder sobrevivir?

"Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba" (LC. 15, 16).

Además de tener que aguantar los empujones y olores de los cerdos, -cosa que era extremadamente desagradable para un judío-, el hijo menor tenía que darles las algarrobas, con parte de las cuales, hubiera querido alimentarse, y, si decidía

robar algunas, debía cuidarse, de que otros trabajadores, no se percataran de ello.

Oremos y cuidémonos de que, nuestras decisiones vitales, no nos hagan caer en un fracaso, semejante al que caracterizó, al hijo menor, del padre de la parábola, que estamos considerando.

3-4-7. el hijo pródigo tomó la decisión que menos le gustó.

"Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!" (LC. 15, 17).

Dado que siempre tuvo una excelente posición social, el personaje cuya conducta estamos considerando, quizás no pensó jamás que nadie podría experimentar una experiencia tan lamentable y humillante, como la que estaba caracterizando su vida. Él sabía que su padre tenía jornaleros, y a ninguno de ellos, -independientemente de que fuera esclavo o asalariado-, le faltaba toda la comida que quería. Es por eso que, después de agotar todos sus recursos, el hijo menor, tomó la decisión que más repudió siempre que la consideró, la cual fue, la de volver a la casa de su padre, no por amor al mismo, sino porque el hambre lo obligó.

Oremos para que los cristianos que decidan cumplir la voluntad de Dios después de haber renegado de su fe, no lo hagan por miedo ni por necesidad, sino por amor a Nuestro Padre celestial, y a sus hijos los hombres.

Oremos para que los padres que reciben a sus hijos pródigos, los acepten con amor, y no les dificulten la vida, echándoles en cara que son inútiles, porque no fueron capaces de sobrevivir, por sus propios medios.

3-4-8. El hijo menor trazó un plan para que su padre lo tuviera entre sus jornaleros.

"Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros" (LC. 15, 18-19).

Recuerdo que el año 2002, conocí a una de mis lectoras por medio de un servicio de chat, la cual sufría por causa de ciertos problemas psicológicos. La que llegó a ser una amiga muy estimada por mí, quería saber qué papel interpretaba Dios con respecto a sus sufrimientos, y, dado que se sentía marginada por sus familiares y vecinos, y se despreciaba creyéndose fea, tonta e inútil, le dije que no podía ver a Dios con buenos ojos, si sentía que el mundo la tenía por enemiga y carente de valor personal, y era incapaz de amarse a sí misma.

El hijo pródigo sabía que pecó ante Dios y su Padre cuando despreció a sus familiares, y desperdió la parte de la herencia que le fue concedida. Fue por ello que no creyó que su padre le devolviera la dignidad a la que renunció, y, como sabía que era bueno, quiso sugerirle que lo tuviera como uno de sus jornaleros, porque no sabía lo que hacer, para poder sobrevivir.

Los padres judíos amaban mucho a sus hijos, pero solían tratarlos con rigor. Tal severidad de las normas con vivenciales de la tribu y la familia, lograron que, el personaje cuyas acciones estamos considerando, jamás llegara a pensar, que su padre lo amaba, más que a sus posesiones, y que a las prescripciones que caracterizaban su existencia. Este hecho me recuerda cómo muchos padres se esfuerzan en demostrarles a sus hijos que los aman haciendo que no les falten bienes materiales, y sus descendientes a veces no valoran tales esfuerzos porque jamás les faltó prácticamente nada, y porque, más que bienes materiales, les reclaman amor, comprensión, y compañía.

Las denominaciones religiosas no podrían coexistir como tales, sin normas morales, que caractericen a sus miembros, pero a pesar de ello, es preciso que tales prescripciones no asfixien a quienes quieran ser, discípulos de Jesús. Cuestiones tales como la posición correcta que debe ser adoptada para orar, o el tiempo que se ha de dedicar diariamente a leer la biblia, no deberían servir para separarnos a los cristianos, sino para unirnos, comprendiendo que todos tenemos formas diferentes de profesar una fe que, en el fondo, nos es común, aunque la vivamos, de distintas maneras.

3-4-9. el hijo menor fue al encuentro de su padre.

"Y, levantándose, partió hacia su padre" (LC. 15, 20A).

¿Qué sienten quienes vuelven a convivir con sus cónyuges, después de haberles sido infieles?

¿Qué sienten los hijos que, después de haberse distanciado de sus padres, vuelven a convivir con ellos?

¿Qué sienten quienes, después de haber renunciado a profesar la fe de Jesús, toman la decisión de reincorporarse a sus denominaciones religiosas, o de vincularse a otras comunidades de fe cristianas?

¿Cuántas experiencias tendría en la mente el hijo menor de su convivencia familiar, de la manera en que derrochó su dinero, y del hambre que pasó, mientras iba a encontrarse con su anciano padre?

3-4-10. La inesperada conducta del padre, con respecto al hijo menor.

"Todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente" (LC. 15, 20B).

Aquel que repartió su herencia entre sus hijos sabiendo que iba a perder al menor, pasaba muchas horas todos los días mirando al horizonte, porque necesitaba recuperarlo. Él sabía que su último hijo era terco y soberbio, y que, si volvía a su casa, no lo hacía porque lo amaba, sino porque el hambre lo obligaba a hacer lo que más detestaba, pero, a pesar de ello, pensaba que, si le demostraba que lo amaba sinceramente con palabras, gestos y obras, podría ganarse su amor. Todos sabemos que el amor es ciego y testarudo, y se esfuerza en conseguir lo que

quiere, aunque solo reciba un desprecio que siempre suavizará, porque lo suyo no es sentirse ofendido, sino, seguir amando.

Mientras que los oyentes de Jesús estarían esperando escuchar el castigo ejemplar con que el insensato que repartió sus posesiones entre sus descendientes haciéndose dependiente de ellos debió corregir la conducta de aquel hijo al que tendría que haber mandado lapidar públicamente por su conducta atrevida y licenciosa, el Señor les dijo que, aquel buen y noble anciano, al ver al hijo al que había estado esperando durante años, se conmovió, porque se alegró de verlo infinitamente, y porque lo vio semidesnudo y sucio, y con heridas en los pies, porque, en ciertas circunstancias, los caminos que nos hacen retornar a quienes no debimos dejar, suelen tener baches y piedras que no vemos, porque estamos centrados, en nuestros pensamientos.

El buen padre misericordioso, al mismo tiempo que sintió que el corazón le dio un vuelco por la alegría de ver a su hijo harapiento, pero vivo y sano, corrió hacia aquel que le causó tanto dolor, lo rodeó con sus brazos, y lo apretó contra sí sin importarle mancharse con la suciedad de su descendiente, a quien besó efusivamente.

3-4-11. El padre no escuchó la petición de perdón ni la súplica de su hijo menor, porque tomó la decisión de amarlo, hasta que aprendiera a manifestarle amor verdadero.

"El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo"" (LC. 15, 21).

Dado que el padre sabía que su hijo se había arrepentido de haber malgastado su herencia, estaba contento, porque lo recuperó sano, salvo, y con ganas de superarse a sí mismo, porque aprendió una gran lección de un modo que el padre jamás se la hubiera inculcado, pero que le sería útil, durante todos los días de su vida. ¿Qué le importaba al buen padre el dinero que desperdició su hijo viviendo como un libertino, los pecados que cometió, y el sufrimiento que le costó esperarlo mirando todos los días durante largas horas al horizonte, si consiguió lo que más deseaba? Desde aquel día en adelante, el hijo menor no necesitaría ser animado

para trabajar ni para ahorrar dinero por si sus condiciones vitales empeoraban en el futuro, porque retornó a la casa que jamás debió abandonar, con la lección bien aprendida.

¿Qué le importan a dios nuestro derroche de bienes espirituales y materiales, tiempo y energía, si, después de renegar de Él, volvemos a profesar la fe que nos caracteriza, aunque solo sea por necesidad? Ya se encargará Él de que aprendamos a amarlo, sirviéndose de todos los medios con que pueda hacernos conocer, tan estimable realidad, que jamás dejará de sorprendernos, a menos que queramos volver a renegar de nuestra fe, o de que, aunque no dejemos de profesarla, nos neguemos a cultivarla.

3-4-12. Démonos prisa para servir al Señor en nuestros prójimos los hombres.

"Pero el padre dijo a sus siervos: "Daos prisa" (LC. 15, 22A).

El hecho de que nos demos prisa para cumplir nuestros deberes familiares, sociales y religiosos, no significa que llevemos a cabo el cumplimiento de nuestras obligaciones lo más rápidamente que nos sea posible, sino, que no las descuidemos. Podemos descansar el tiempo que consideremos razonable, pero no dejemos de hacer lo que se espera de nosotros. En el campo religioso, se espera de los seguidores de Jesús, que hagamos del mundo un hogar cálido y acogedor, en que toda la humanidad se sienta querida, comprendida y respetada. Muchos carentes de fe cristiana nos ayudarán a llevar a cabo tan apasionante reto, porque el amor trasciende las ideologías, y se expresa en un idioma común, que todos sabemos.

3-4-13. El nuevo vestido de los hijos de Dios.

"Traed el mejor vestido y vestidle" (LC. 15, 22B).

Merece la pena visualizar al hijo pródigo ante su padre, después de haber pasado mucho tiempo cuidando cerdos, sin alimentarse convenientemente, con la

ropa rota, y, sobre todo, muy sucio. Así es como se sienten quienes, a la hora de reconocerse pecadores, le dan más importancia a la elaboración de su lista de acusaciones personales, que a la alegría que siente Nuestro Padre común, porque vuelven a desear cumplir su voluntad, aunque, porque nada escapa a su conocimiento, sabe que, cuando pase algún tiempo, lo volverán a dejar nuevamente, para acabar cuidando cerdos después de entregarse a ciertos placeres, pensando en desandar nuevamente el camino de sus errores, para iniciar, otra vez, su nuevo tiempo de conversión.

¿Cómo nos relacionamos con quienes consideramos pecadores?

¿Nos separamos de los pecadores porque los consideramos inferiores a nosotros, o los abrazamos tal como hizo el padre del hijo pródigo con su descendiente, sin importarle que, el contacto con el citado desdichado, ensuciara su ropa y su cuerpo? Jesús vino al mundo, y, sin ser pecador, fue tratado como el más injusto de los hombres, para que aprendamos a amarnos a pesar del mal que hagamos, porque, a lo largo de nuestra vida, quizás todos somos ovejas perdidas, e hijos menores y mayores, de Nuestro Padre común.

Así como el padre de la parábola no podía permitir que su hijo entrara en la casa en el estado en que lo encontró cuando lo esperaba mirando al horizonte, y lo vistió con un traje diseñado para ser lucido en ocasiones especiales, si cumplimos la voluntad de Nuestro Padre celestial, Él no puede dejarnos revestidos de la conducta pecadora, y por ello nos reviste con los dones y virtudes, de Nuestro Salvador (EF. 4, 23-24).

3-4-14. La dignidad de los hijos de Dios.

"Ponedle un anillo en la mano" (LC. 15, 22C).

El anillo era un objeto de gran valor representativo de la dignidad familiar, que el hijo pródigo recuperó, por voluntad de su padre. Por causa de la experiencia de vivir sin dignidad, el hijo menor, debió valorar, todo lo que su padre le devolvió, sin él merecerlo.

3-4-15. El nuevo calzado de los hijos de Dios.

"Y unas sandalias en los pies" (LC. 15, 22D).

Después de ser calzado, el hijo pródigo no caminaría jamás por el mundo sin saber adónde ir. Al fin terminó el tiempo en que iba a ninguna parte, y en que todos sus planes fracasaban, unas veces porque no fue previsor, y, en otras ocasiones, porque su orgullo y terquedad, no le permitieron acercarse, a aquel de quien jamás debió distanciarse.

Nosotros también hemos recibido el traje de la gracia divina y los dones y virtudes de Cristo, hemos recibido la dignidad de hijos de Dios, y hemos sido debidamente calzados. ¿Qué haremos con los dones celestiales que hemos recibido?

3-4-16. La matanza del novillo cebado.

"Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta" (LC. 15, 23).

El novillo cebado fue criado sin escatimar gastos, para celebrar una fiesta muy especial. La matanza del novillo cebado, indicaba el júbilo del Padre de familia que, por haber recuperado al hijo que perdió en el pasado, hizo una gran fiesta, en la que no solo participaron quienes pertenecían a su clase social, pues también participaron sus siervos. El padre no se reconcilió con su hijo a escondidas, aparentando que el mismo nunca se había separado de él, disimulando la vergüenza, de que su hijo menor, no se dejó educar por él, con tal de no llegar a cometer, los pecados que caracterizaron, los años de su extravío. El hizo una gran fiesta, para que todos sus conocidos fueran partícipes, de la buena nueva, que alegraba su corazón.

3-4-17. ¿Por qué quiso el padre celebrar una gran fiesta?

"Porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta" (LC. 15, 24).

Cuando el hijo pródigo le pidió al padre la parte de la hacienda que le correspondía legalmente, de alguna manera, le dijo que no le importaba que estuviera vivo, porque no quería ser influenciado por él, ya que deseaba ser plenamente independiente. El padre vio cómo se marchaba su hijo de casa, quizás sin despedirse de él, pensando que le había sucedido lo peor que puede ocurrirle a un padre, lo cual es, que se le muera un hijo. Esta es la causa por la que, cuando el padre vio regresar al hijo pródigo a la distancia, corrió a su encuentro, porque, el hijo que se le murió, había recuperado la vida, y también estaba llenando de vida, los años de su ancianidad. El hijo perdido había sido hallado por el padre que lo esperó durante muchos años, y por ello dicho padre decidió celebrar una gran fiesta.

Dado que muchos padres e hijos no mantienen buenas relaciones entre sí, la parábola del hijo pródigo, puede despertarles diversas emociones, a muchos de ellos. Es necesario que padres e hijos se esfuercen por comprender las posiciones que los mantienen divididos, y que no se dejen cegar por el orgullo, con tal de recuperar sus buenas relaciones, o de alentarlas, si nunca han existido.

3-4-18. La conducta inesperada del hijo mayor.

""Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano." Él se irritó y no quería entrar" (LC. 15, 25-28a).

El hijo mayor regresó del campo y se extrañó al ver que su padre no le había avisado de que iba a celebrar una fiesta. Cuando este personaje supo que su antecesor había mandado matar el novillo cebado en honor de su hermano menor, -el que, a diferencia de él, en vez de luchar denodadamente para enriquecerlo, se

había ido a malgastar su parte de la herencia paterna, y regresó cuando se vio arruinado quizá para terminar de dilapidar el patrimonio familiar-, sintió la impotencia de saber que no le había servido de nada su pérdida de tiempo en desprestigiar a su hermano menor ante su padre, pues temió que su antecesor prefiriera a su otro hijo antes que a él.

Imaginemos a los escribas y fariseos, que cumplían escrupulosamente sus 613 preceptos religiosos, con tal de que ello les mereciera la amistad divina, y a los cristianos que cumplen muchas más ordenanzas, esperando alcanzar la salvación por ello. ¿Cómo podrían aceptar los fariseos, -y cómo podrán creer los citados seguidores del Profeta de Nazaret-, que muchos pecadores alcanzarán la salvación, sin necesidad de tener una existencia tan reglada? ¿De qué les sirvió a los fariseos -y les es útil a dichos cristianos- someterse al cumplimiento de normas conductuales muy rígidas, si Dios no los ama por ello, sino porque los considera como hijos amados, y los favorecerá en virtud de su amor, y no porque hayan cumplido cientos de normas religiosas?

El padre de esta parábola descubrió con una tristeza inmensa, cómo su hijo mayor, -de quien creía que lo amaba más que a sí mismo-, no lo había servido por amor, sino pensando en apropiarse de la mayor parte posible de los bienes gananciales de la familia.

Oremos para que Dios, no descubra con gran tristeza, que los cristianos no lo servimos por amor a Él y a nuestros prójimos los hombres, sino por asegurarnos una buena posición en su Reino celestial. Oremos para no ser descubiertos por Dios, impidiéndoles el acceso a la fe, a quienes tienen una posición social inferior a la nuestra, porque pensamos que la religión es un privilegio exclusivo, que solo nos corresponde a nosotros.

Un criado le dijo al hijo mayor: "Tu hermano ha vuelto". Oremos para que, quienes predicamos el Evangelio, no nos cansemos de recordarles a todos los creyentes, que, los considerados pecadores irremisibles, también deben ser amados, y tener oportunidades, para cambiar de conducta, y sentirse hijos de dios, y que sus cambios de conducta, no deben ser forzados por nosotros, pues acaecerán, cuando les abran sus corazones, a Nuestro Padre celestial.

Al no querer participar de la alegría de su padre, el hijo mayor, deshonró a su progenitor, tanto como lo hizo su hermano menor, cuando le pidió su parte de la herencia, y rompió con su familia. ¡Qué paradójico es el hecho de que se nos descubra a los creyentes sirviendo a Dios por interés, y no por amor!

3-4-19. Las súplicas del padre.

"Salió su padre y le rogaba" (LC. 15, 28b).

En vez de permanecer bajo la afección de la terquedad del orgullo, apliquémonos las palabras de San Pablo:

"Hermanos, si alguno incurre en falta, vosotros, que sois hombres de espíritu, debéis corregirle con amabilidad. Y manteneos todos sobre aviso, porque nadie está libre de ser puesto a prueba" (GÁL. 6, 1).

Es muy fácil pensar lo que haríamos si estuviéramos en la piel de quienes pasan por determinadas situaciones, pero, si verdaderamente ocupáramos en la vida el lugar de quienes juzgamos apresuradamente, y sin tener en cuenta las razones por las que actúan inadecuadamente bajo nuestro punto de vista, quizá haríamos las mismas cosas que los tales hacen, o quizá actuaríamos peor que ellos. Precisamente, -dado que todos somos humanos imperfectos-, debemos tratarnos con amor y comprensión, porque estamos expuestos a cometer errores, e incluso a pecar deliberadamente.

Por increíble que parezca esto, si tenemos en cuenta que Jesús nos pide en los Evangelios que amemos y amparemos a los menesterosos, existen denominaciones cristianas exclusivas de ricos, los cuales tienen prohibido socorrer a los necesitados porque los consideran pecadores, e incluso, si alguno de ellos se empobrece, le expulsan de sus iglesias o congregaciones, haciéndoles creer a sus adeptos que pecó gravemente, con tal de que no le presten ninguna ayuda.

3-4-20. La cerrazón mental del hijo mayor.

"Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!" (LC. 15, 29-30).

Se ha dicho anteriormente que muchos de nuestros hermanos cristianos, -tanto católicos como no católicos-, creen que son merecedores de la salvación, no porque el amor de Dios les ha alcanzado ese premio por mediación de la muerte y Resurrección del Mesías, sino porque cumplen escrupulosamente los mandamientos de sus respectivas denominaciones, al modo que muchos judíos cumplían la Ley de Moisés en el tiempo de Jesús.

De la misma manera que el hijo mayor de la parábola que estamos considerando se enfadó con su padre al constatar que su hermano no se había preocupado por obtener méritos que lo hicieran digno de la salvación de su alma, los citados hermanos cristianos, pueden tener dificultades para comprender por qué Dios salvará, -cuando lo estime oportuno-, no sólo a quienes no viven bajo la óptica de ellos, sino a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que desconocen totalmente nuestra fe universal, sin que hayan alcanzado méritos que los hagan dignos, de tal don celestial.

El hermano mayor se quejó de que su padre no le había dado ni siquiera un cabrito para hacer una fiesta con sus amigos, recordándole a su antecesor que lo había obligado a trabajar afanosamente, recalcando así la exclusividad de su merecimiento de ser tratado como único hijo del hacendado.

De la misma manera que el citado personaje no tuvo permiso para hacer una fiesta con sus amigos, nuestro Padre común es muy exigente con quienes libremente hacemos su voluntad, así pues, nos pide que no faltemos a la celebración de la Eucaristía dominical, que leamos su Palabra contenida en la Biblia, que meditemos los documentos de la Iglesia, que contribuyamos a la extinción del sufrimiento del mundo... Hay tantas cosas que deben hacerse urgentemente en la viña del Señor, que nuestro Padre celestial, no nos da tregua para que descansemos. Sin embargo, si nos volvemos demasiado ociosos, perderemos la fe, y se debilitarán nuestros valores humanos.

¿Entendemos por qué Dios es tan exigente con sus hijos?

¿Entendemos que las exigencias divinas, más que beneficiar a nuestro Padre común, nos benefician a nosotros, para que crezcamos espiritualmente?

El hijo mayor, llamó a su hermano, en presencia del padre, "ese hijo tuyo", demostrándole a su antecesor, que lo odiaba. Oremos y esforcémonos para no despreciar a nadie, ni por su posición social, ni por la conducta que observe.

3-4-21. Todo lo mío es tuyo.

"Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado" (LC. 15, 31-32).

Independientemente de que en alguna ocasión nos hayamos sentido como hijos pródigos de Dios, no ocupemos la posición del hermano mayor de la parábola. Si somos creyentes, abrámonos a los creyentes no practicantes, a los practicantes que no sirven a Dios por amor, sino por egoísmo, y a quienes pertenecen a otras denominaciones cristianas, o no son creyentes. Dios quiere ser Padre de toda la humanidad, y nosotros vamos a ayudarle, a tener una gran familia. Que así sea.

3-5. Si hacemos este ejercicio de lectio divina en grupos, nos dividimos en pequeños subgrupos para sacar conclusiones tanto del texto bíblico que hemos meditado como de la reflexión que hemos hecho del mismo, y, finalmente, los portavoces de los subgrupos, hacen una puesta en común, de las conclusiones a que han llegado todos los grupos, tras la cual se hace silencio durante unos minutos, para que los participantes mediten sobre lo leído y hablado en los grupos, individualmente.

3-6. Si hacemos este ejercicio individualmente, consideramos el texto evangélico

y la meditación del mismo expuesta en este trabajo en silencio, con el fin de asimilarlos.

4. Apliquemos la Palabra de Dios expuesta en LC. 15, 1-32 a nuestra vida.

Responde las siguientes preguntas, ayudándote del Evangelio que hemos meditado, y de la meditación que aparece en el apartado 3 de este trabajo.

3-1.

¿Para qué se acercaban a Jesús los pecadores?

¿Con qué intención se acercaban al Mesías los escribas y fariseos?

¿Qué le harían los escribas y fariseos a Jesús si no se amoldaba plenamente a su manera de pensar y actuar?

¿Hemos visto tal conducta reflejada en algunos miembros de las denominaciones cristianas a que pertenecemos?

¿Por qué se consideraban los escribas y fariseos superiores a los pecadores?

¿Nos sentimos los cristianos superiores a quienes carecen de nuestra fe, y a quienes tenemos por pecadores, porque no piensan ni actúan como nosotros?

¿Cómo podría Jesús haber conseguido que los escribas y fariseos se hubieran incorporado a sus creyentes, si los segundos despreciaban a los primeros, y los denominados injustos desconfiaban de los supuestos justos, porque no tenían necesidad de ser despreciados por ellos?

¿Cómo podría el Hijo de Dios y María despreciar a quienes hacían trabajos mal considerados para poder mal vivir?

¿Cómo podría Jesús despreciar a quienes incumplían la Ley por causa de su pobreza, o eran mal vistos, porque estaban enfermos?

¿Cómo podría conseguir el Señor que ricos y pobres, sanos y enfermos, buenos y malvados, justos y carentes de fe, lograran vivir como integrantes de la familia de Dios?

¿Por qué no quiso Jesús enfrentarse a los escribas y fariseos?

¿Por qué desea Dios que sus hijos seamos humildes?

¿Por qué expuso Jesús las tres parábolas que constituyen el corazón del Evangelio de San Lucas?

3-2.

3-2-1.

¿Por qué no podía ser llevado a cabo el oficio de pastor por apocados?

¿Qué les sucedía a los esclavos y asalariados que perdían las ovejas de los terratenientes para quienes trabajaban?

¿Por qué tenía que ser encontrada la oveja perdida, si solo representaba la centésima parte de una propiedad?

¿Qué aprendemos de la necesidad del pastor de hallar la oveja perdida?

¿Cómo se atrevió el pastor a dejar las noventa y nueve ovejas restantes del rebaño que pastoreaba en el desierto?

¿Qué hacía cualquier pastor antes de buscar las ovejas que se le perdían? ¿Por qué?

¿Qué nos indica la simbología del desierto?

¿Por qué no erró el citado pastor al dejar noventa y nueve ovejas en el desierto, y consagrarse a buscar la oveja perdida?

¿Tenemos la experiencia de haber perdido la fe, y de habernos sentido como ovejas perdidas y desorientadas, en un mundo en que hemos querido encontrar la felicidad, y no lo hemos conseguido?

¿Qué mensaje les transmitió Jesús a los escribas y fariseos al narrarles la parábola de la oveja perdida?

¿Cómo actuamos al considerar que muchos de nuestros hermanos en la fe dejan de asistir a los lugares en que le tributamos culto a Dios?

¿Nos interesamos por dichos hermanos, o consideramos que no merecen nuestro afecto, porque han tomado la decisión de alejarse de Dios?

3-2-2.

¿Qué hacían los escribas y fariseos al mismo tiempo que cumplían sus normas legales escrupulosamente?

¿Cómo castigaban los escribas y fariseos a quienes no pensaban ni actuaban como ellos?

¿Qué les sucedía a quienes eran expulsados de las sinagogas?

¿Conocemos experiencias de exclusión surgidas en nuestras denominaciones cristianas?

¿Hasta qué punto deben castigarse las actitudes de los considerados pecadores, y en qué momento conviene que no seamos intransigentes con los tales, porque solo Dios tiene poder para juzgarnos, y nuestro deber, - que es una necesidad-, radica en amarnos?

¿Cómo les explicó Jesús a sus opositores que le hubiera gustado que trataran a quienes despreciaban al considerar que eran pecadores?

¿Por qué quería Jesús que quienes eran mal considerados por los supuestos justos excepcionales fueran reincorporados al pueblo de dios, independientemente de que hubieran pecado a sabiendas de que actuaban incumpliendo la voluntad divina?

Si pensamos que ciertos pecadores deberían ser excluidos de las denominaciones cristianas, ¿por qué formamos parte de las mismas, en el caso de que no siempre hayamos sido justos?

¿Por qué cuanto mayores sean nuestros errores, más difícil puede sernos volver al camino del que jamás debimos desviarnos?

¿Qué debemos reconocer con respecto a nosotros antes de pensar en rechazar a quienes consideramos pecadores irremisibles?

¿En qué sentido nos benefician las prácticas religiosas?

¿Cuándo hacen de nosotros las prácticas religiosas seres sumamente despiadados?

¿Cómo hubieran deseado los escribas y fariseos que el pastor hubiera tratado la oveja perdida?

¿Qué trato creemos que merecen los pecadores? ¿Por qué?

¿Qué podemos hacer si somos intransigentes con quienes no piensan ni actúan como nosotros, si olvidamos que, quizás algún día, fuimos ovejas perdidas?

¿Por qué es necesario que los discípulos de Jesús acojamos a todo el mundo, sin hacer distinciones marginales?

3-2-3.

¿En qué sentido nos beneficiaríamos al acoger alegremente a los visitantes de

nuestras comunidades de fe, y a quienes se vinculan a nosotros nuevamente, después de haberse distanciado de los hijos de Nuestro Padre celestial?

3-2-4.

¿Por qué hay más alegría en el cielo cuando un pecador arrepentido del mal que ha hecho cambia de conducta, que cuando noventa y nueve creyentes que se creen dignos de alcanzar la amistad de Dios por causa de las acciones que llevan a cabo, no se reconocen necesitados de la conversión?

Si consideramos que nunca fuimos ovejas perdidas, ¿qué experiencias vitales nos ayudarían a comprender y aceptar a los pecadores? ¿Por qué?

¿Qué significa el hecho de estar entre quienes no necesitan convertirse al Señor, porque se consideran justos?

¿En qué sentido necesitamos ser discípulos de Jesús?

3-3.

¿Por qué encendió una lámpara y barrió cuidadosamente su casa la mujer israelita a la que se le perdió una de las diez monedas que recibió cuando se casó, si la misma, prácticamente, carecía de valor?

¿Por qué nadie debe considerar que su valor es ínfimo?

Si no alcanzaremos la salvación por nuestros méritos, ¿de qué nos sirve cumplir las prescripciones religiosas características de la Biblia y las denominaciones religiosas a que pertenecemos?

¿Por qué nos ama Dios?

¿Qué nos enseña respecto de la conducta de los buenos evangelizadores la parábola de la dracma perdida?

¿Por qué la dueña de la moneda perdida hizo copartícipes de su alegría a sus amigas y vecinas?

¿Por qué se alegran los ángeles cuando los pecadores se convierten al Señor?

¿Por qué causas sería bueno que nos alegremos cuando los pecadores cambien de conducta, y se vuelvan al Señor?

3-4.

3-4-1.

¿Quiénes estaban representados por el hijo menor del padre misericordioso

cuando Jesús les expuso a sus oyentes la parábola del hijo pródigo? ¿Por qué?

¿Quiénes eran representados por el hijo mayor del hacendado? ¿Por qué?

¿Quiénes representaban a ambos hijos del hacendado cuando San Lucas escribió su Evangelio? ¿Por qué?

¿Quiénes están representados en la actualidad por los hijos del citado padre? ¿Por qué?

¿Quién está representado por el hacendado de la tercera parábola de la misericordia? ¿Por qué?

3-4-2.

¿Por qué fue doloroso para el padre el hecho de repartir sus bienes entre sus hijos, a sabiendas de que el más joven se separaría de él?

¿Por qué solían tratar los judíos a sus hijos con cierto rigor, a pesar de que los amaban?

¿Es posible amar a los hijos y disciplinarlos al mismo tiempo?

¿Cómo pudo repartir el citado padre sus bienes entre sus hijos, si los padres eran considerados como jefes cuya autoridad era indiscutible?

¿Por qué no castigó con dureza el padre a su hijo menor, para evitar perderlo?

En el caso de que los pecadores que seguían a Jesús para escucharlo predicar el Evangelio (LC. 15, 1) estuvieran representados por el hijo menor de la parábola, y los fariseos por el hijo mayor, ¿por qué recibieron los segundos una herencia muy superior a la que percibieron los primeros?

¿Por qué cuanto mayor es la formación religiosa que se posee, es más grande la responsabilidad que se tiene, de aplicarla a la vida de fe?

¿Es lo mismo pecar por ignorancia que transgredir la Ley divina teniendo plena conciencia de que ello es actuar contra la voluntad de dios? ¿Por qué?

En el caso de que los cristianos procedentes del paganismo estuvieran representados por el hijo menor, y los judíos por el hijo mayor, ¿por qué tendrían los segundos que haberse abierto a los gentiles, y haber compartido con ellos gustosamente su fe, el conocimiento de la Palabra de Dios, y la esperanza escatológica?

¿Por qué nos pide Jesús que no marginemos a quienes consideramos pecadores, y nos urge a que los aceptemos como hermanos en la fe, si desean unirse a las comunidades cristianas de que somos miembros?

¿Por qué el hijo menor, a pesar de que tenía un padre que lo adoraba, y no tenía carencias, quiso separarse de su familia?

¿De qué manera debieron esperar los oyentes de Jesús que fuera castigado el hijo pródigo por desobedecer a su padre, y separarse de sus familiares?

¿Por qué muchos hijos abandonan a sus padres quienes les dan hogares que al menos aparentemente son confortables?

¿Por qué necesitó Jesús servirse de la conducta de un gran irresponsable para demostrarles a los legistas y fariseos que la misericordia de dios no tiene límites?

¿Por qué muchos cristianos dejan sus denominaciones religiosas, si, supuestamente, las mismas, solventan sus carencias espirituales?

3-4-3.

¿Por qué abandonó el hijo menor la casa paterna?

¿Por qué se distanció el citado personaje de sus familiares?

¿Cuándo se sintió feliz el hijo pródigo?

¿Cuándo empezó a sentirse desdichado el hijo menor del hacendado?

¿Cómo malgastó el hijo menor del padre misericordioso el dinero que tenía?

¿Por qué no evitó el citado personaje su vivencia de la pobreza antes de dilapidar todo el dinero que recibió de su padre?

¿Dónde buscan la felicidad quienes rompen con sus familiares?

¿Qué hacen para ser felices quienes abandonan las denominaciones cristianas en que les enseñaron a creer en Dios?

3-4-4.

¿Qué debió hacer el hijo pródigo cuando malgastó su dinero?

¿Por qué no volvió a la casa de su padre?

En el caso de que volviera a la casa de su padre, ¿cómo podría soportar el citado personaje los reproches de su hermano, referentes a su mala conducta, y a la humillación que le supondría, regresar junto a quienes no debió abandonar?

Antes de ser intransigentes con quienes consideramos pecadores irremisibles, recordemos que quizás algún día alguien fue misericordioso con nosotros, y, si nos

faltó apoyo humano cuando nos vinculamos a las denominaciones cristianas a que pertenecemos, Dios nos amó, para que hagamos lo mismo, con quienes pasan por situaciones como las que vivimos, o aún más dolorosas que las nuestras.

3-4-5.

¿Cuál fue el último error que cometió el hijo pródigo?

¿Por qué prefirió dicho personaje cuidar cerdos a pesar de que los consideraba inmundos, en vez de volver a la casa de su padre?

¿Por qué mandó cierto hacendado al hijo pródigo a cuidar cerdos?

¿Por qué se arrepintió el hijo pródigo de dedicarse a cuidar cerdos?

3-4-6.

¿Cómo se sintió el hijo pródigo, al saber que los cerdos comían mejor que él, y al verse sucio y cubierto de harapos?

3-4-7.

¿Por qué quizás el hijo pródigo no pensó jamás que nadie podría experimentar una condición de miseria como la que lo caracterizaba cuando cuidaba cerdos?

¿Por qué quiso el citado personaje volver a la casa de su antecesor, para ser tratado como un jornalero?

3-4-8.

¿Por qué creyó el hijo menor del hacendado que su padre jamás le devolvería la dignidad a la que renunció haciendo uso de una libertad que no supo utilizar adecuadamente?

¿Por qué dicho desafortunado quiso sugerirle a su padre que lo tratara como a uno de sus jornaleros?

Las rígidas normas con vivenciales del Judaísmo causaron el efecto de que el hijo pródigo no se sintiera amado por su padre. ¿Nos asfixian las normas religiosas que cumplimos, o descubrimos, al vivir las mismas, que si las observamos, es porque Nuestro Padre común nos ama?

¿Por qué nos beneficiaría el hecho de unirnos a los cristianos de las diferentes denominaciones existentes, si no profesamos la fe que tenemos de la misma manera?

3-4-9.

¿Qué sienten quienes vuelven a vivir con sus cónyuges, después de haberles sido infieles?

¿Qué sienten los hijos que, después de haberse distanciado de sus padres, vuelven a convivir con ellos?

¿Qué sienten quienes, después de haber renunciado a profesar la fe de Jesús, toman la decisión de reincorporarse a sus denominaciones religiosas, o de vincularse a otras comunidades de fe cristianas?

¿Cuántas experiencias tendría en la mente el hijo menor de su convivencia familiar, la manera en que derrochó el dinero que heredó, y el hambre que pasó, mientras iba a encontrarse con su anciano padre?

3-4-10.

¿Por qué miraba el padre constantemente al horizonte?

¿Por qué acogió el padre a su hijo menor, si sabía que el mismo no volvió a su casa porque lo amaba, sino porque vivía en estado de miseria?

¿Por qué razones se conmovió el padre cuando vio a su hijo menor?

¿Por qué abrazó y besó el padre a su hijo, sin importarle ensuciarse?

¿Nos mezclamos con los pecadores tal como, según los escribas y fariseos, el Señor comía con los indignos de formar parte del pueblo de dios (LC. 15, 2)?

3-4-11.

¿Por qué sabía el padre que el hijo menor se arrepintió de malgastar su parte de la herencia familiar?

¿Por qué razones estaba contento el padre del hijo pródigo?

¿Qué le importaba al buen padre el dinero que desperdició su hijo viviendo como un libertino, los pecados que cometió, y el sufrimiento que le costó esperarlo mirando todos los días durante largas horas al horizonte, si consiguió lo que más deseaba?

¿Qué le importan a Dios nuestro derroche de bienes espirituales y materiales, tiempo y energía, si, después de renegar de Él, volvemos a profesar la fe que nos caracteriza, aunque solo sea por necesidad?

¿Qué nos sucederá si nos acostumbramos a ser amados por dios, y ello deja de sorprendernos?

3-4-12.

¿En qué sentido nos conviene darnos prisa a la hora de cumplir nuestros deberes familiares, cívicos y religiosos?

¿Nos es lícito a los cristianos descansar?

¿Qué se espera de nosotros en el campo religioso?

¿Nos ayudarán los no creyentes a extinguir la exclusión social del mundo? ¿Por qué?

3-4-13.

¿En qué estado se encontró el hijo pródigo con su padre?

¿Por qué nos acoge Dios siempre que nos arrepentimos de incumplir su voluntad, si sabe que volveremos a traicionarlo muchas veces?

¿Cómo nos relacionamos con quienes consideramos pecadores?

¿Nos separamos de los pecadores porque los consideramos inferiores a nosotros, o los abrazamos tal como hizo el padre del hijo pródigo con su descendiente, sin importarle que, el contacto con el citado desdichado, ensuciara su ropa y su cuerpo?

¿Por qué fue tratado Jesús como si hubiera sido el más injusto de los hombres de todos los tiempos?

¿Por qué nos conviene amarnos sin considerar los pecados que podemos cometer?

¿Por qué no podía consentir el padre que su hijo menor entrara en su casa en el estado deplorable en que lo encontró?

¿Por qué si nos arrepentimos de pecar y queremos cumplir la voluntad divina, perdemos la vestidura de los transgresores de la Ley, y somos revestidos con los dones y virtudes de Nuestro Salvador?

3-4-14.

¿Por qué le fue puesto un anillo al hijo pródigo?

¿Cuál era el significado de dicho anillo?

¿Por qué debió valorar el hijo pródigo todo lo que su padre le dio sin que lo mereciera?

¿Nos consideramos dignos de ser hijos de dios? ¿Por qué?

3-4-15.

¿Por qué fue calzado el hijo pródigo?

¿Qué haremos con los dones celestiales que hemos recibido?

3-4-16.

¿Por qué fue criado el novillo cebado sin escatimar gastos?

¿Qué indicaba la matanza del novillo cebado?

¿Por qué participaron de la fiesta los amigos y siervos del hacendado?

3-4-17.

¿Qué mensaje le transmitió el hijo pródigo a su padre cuando le pidió la parte de la hacienda que le correspondía?

¿Por qué despreció dicho personaje a su padre?

¿Qué deseaba el hijo pródigo cuando rompió con sus familiares?

¿Qué pensó el padre cuando vio cómo su hijo se marchaba de casa, quizás sin despedirse de él?

¿Por qué corrió el padre a abrazar y besar a su hijo cuando lo vio a la distancia?

¿Por qué decidió el padre celebrar una gran fiesta?

¿Qué les sucederá a los padres e hijos cuyas relaciones se han interrumpido, si se esfuerzan en comprender las posiciones que los mantienen divididos, y no se dejan cegar por el orgullo?

3-4-18.

¿Por qué acudieron a la mente del hijo mayor muchas razones por las que pensaba que debía odiar a su hermano, a pesar de que hacía mucho tiempo que no lo veía?

¿De qué nos sirve cumplir normas religiosas, si Dios no nos ama por ello, sino porque nos considera como hijos?

¿Qué triste descubrimiento hizo el padre con respecto a su hijo mayor?

¿Servimos los cristianos a Nuestro Padre común por amor a Él y a nuestros prójimos los hombres, o para conseguir una buena posición en el Reino celestial?

¿Por qué es un deber ineludible para los predicadores esforzarnos para que los considerados pecadores no sean víctimas del rechazo?

¿Por qué no podemos forzar la conversión de los transgresores de la Ley de dios?

¿Cómo deshonró el hijo mayor a su padre?

3-4-19.

¿Qué enseñanzas se desprenden de GÁL. 6, 1?

¿Por qué no debemos juzgar a quienes tienen experiencias que no hemos vivido?

3-4-20.

¿Nos creemos dignos de ser salvados? ¿Por qué?

¿Alcanzaremos la salvación porque hemos sido redimidos por Jesús, o porque cumplimos normas religiosas?

¿Por qué será alcanzada por la salvación la gente de buena voluntad que desconozca a Dios?

¿Estaba justificada la queja del hijo mayor? ¿Por qué?

El padre crió y educó a sus hijos sometiéndolos a una estricta disciplina. El hijo menor no se sintió amado, y, el mayor, obedeció puntualmente las órdenes que recibió, pero no lo hizo por amor, sino para intentar adueñarse, de la fortuna familiar. ¿Qué aprendemos de ello?

¿Entendemos por qué Dios es tan exigente con sus hijos?

¿Entendemos que las exigencias divinas, más que beneficiar a nuestro Padre común, nos benefician a nosotros, para que crezcamos espiritualmente?

3-4-21.

¿En qué sentido vivimos en presencia de dios, y todo lo que tiene Nuestro Padre celestial, es nuestro?

¿Qué ganaremos al abrirnos a los creyentes practicantes y nominales, y a quienes carecen de la fe del Señor?

5. Lectura relacionada.

Aunque en el capítulo 34 de la profecía de Ezequiel se denuncia el

comportamiento de los pastores de Israel que apacentaban a sus ovejas en beneficio propio, al leer el citado texto bíblico, descubriremos la manera en que Yahveh quiere que tratemos, a quienes consideramos pecadores.

6. Contemplación.

Contemplemos a Jesús rodeado por una gran muchedumbre de pobres, enfermos, desamparados y pecadores marginados, unos porque no pertenecían a ninguna clase social apta para celebrar el culto divino, y otros, porque incumplían la Ley mosaica.

Contemplemos a los legistas y fariseos criticando a Jesús, quien, al comer con quienes consideraban que eran pecadores, era tenido por los justos excepcionales, como incumplidor de la Ley de Israel, y, por tanto, pensaban que era réprobo, a los ojos de Dios.

¿Qué hay en nosotros de pecadores marginados por quienes se consideran perfectos, y de legistas y fariseos orgullosos, que discriminan a los carentes de bienes espirituales y materiales?

Contemplemos a Nuestro Buen Pastor Jesucristo, siempre dispuesto a encontrar las ovejas perdidas que nunca lo han conocido, o abandonan las denominaciones religiosas en que profesan su fe, porque carecen de una buena formación espiritual, o porque no se les ha dado la acogida que merecen, en sus entornos cristianos.

El Buen Pastor dejó noventa y nueve ovejas en el desierto, y se dedicó a buscar la que se le perdió. ¿Estamos los cristianos seguros en nuestras iglesias -o congregaciones-? ¿Pensamos que puede haber gente necesitada de la dicha que significa para nosotros el hecho de sabernos hijos de Dios?

Contemplemos a Nuestro Buen Pastor, quien, cuando encuentra sus ovejas perdidas, quiere compartir su alegría con nosotros, y espera que las acojamos, con el amor y respeto, que merecen, todos los necesitados, de nuevas oportunidades, de encontrar la plenitud de la felicidad.

En el cielo habrá más alegría por un solo pecador que se amolde al cumplimiento de la voluntad divina, que por noventa y nueve justos que se crean dignos de alcanzar la salvación, por sus méritos personales, y el orgullo de considerarse superiores, a quienes marginan.

Así como cierta mujer hebrea perdió una de las diez monedas que le regalaron cuando se casó, encendió una lámpara porque su vivienda no tenía ventanas, y barrió su casa cuidadosamente, hasta que encontró lo que quería, Jesús nos pide que estemos atentos a la gente que nos rodea, para averiguar quiénes quieren conocerlo, para que podamos instruirlos, en el conocimiento de la fe, el amor y la esperanza, que nos caracterizan.

Así como se alegró la mujer que encontró la moneda que perdió e hizo partícipes

del gozo que experimentó a sus amigas y vecinas, y los ángeles se llenan de gozo en cada ocasión que un pecador se arrepiente de hacer el mal, y se adapta al cumplimiento de la voluntad de Dios, Nuestro Santo Padre espera que nos llenemos de alegría, cuando los pecadores quieran cambiar de conducta, y cuando, quienes dejaron de profesar la fe del Señor, se reincorporen, a las denominaciones cristianas, en que aprendieron a creer, en Nuestro Padre celestial.

Contemplémonos imitando la conducta de aquel hijo ingrato que se separó de su padre, después de pedirle la parte de herencia que le correspondía, para malgastar el dinero que recibió. Es muy posible que todos hayamos sido ovejas perdidas, hijos pródigos duros de cervid y orgullosos, y legistas y fariseos que creen que merecen la salvación, porque Dios tiene un compromiso ineludible con ellos.

Así como el hijo pródigo se marchó de la casa de su padre para hacer lo que quisiera sin que nadie le dijera lo que le convenía o debía evitar, ya que añoraba sentirse totalmente libre, quizás nosotros hemos hecho lo propio, cuando, al haber tenido la posibilidad de actuar como buenos cristianos, nos hemos movido impulsados por nuestros criterios humanos, y hemos ignorado el cumplimiento de la voluntad, de Nuestro Padre común.

Quizás los cristianos que no han sido religiosos siempre, antes de creer en Dios hasta hacer suya la voluntad divina para poder cumplirla a cabalidad, han recorrido muchos caminos. Ello fue lo que le sucedió al hijo pródigo, cuando, después de arruinarse, en vez de volver a la casa de su padre, se empleó como cuidador de puercos, pero eso no lo hizo feliz, porque necesitaba volver, con quien jamás debió haber abandonado.

Contemplemos al hijo pródigo retornando a la casa de su padre, no porque lo amaba, sino porque tenía necesidad de ser socorrido, y sirvamos a Nuestro Santo Padre del cielo en sus hijos los hombres por amor, para que no nos llenemos de orgullo al cumplir su voluntad, ni nos creamos superiores a quienes consideremos pecadores, ni a los que carecen de la fe que profesamos.

Contemplemos al Padre misericordioso abrazando y besando a su hijo efusivamente, y pensemos que tal es la conducta con que Dios nos acoge, cuando nos arrepentimos de no cumplir su voluntad, y deseamos enmendar nuestra vida.

Pensemos cómo somos revestidos de la gracia divina y los dones y virtudes de Jesús, según le permitimos al Espíritu Santo, que nos purifique, y santifique.

Llenémonos de gozo, porque hemos sido hallados dignos, de ser hijos de Dios.

Cuando incumplimos la voluntad de Nuestro Padre común, morimos a la vida de la gracia, y Nuestro Criador nos pierde. Es por ello que Él se llena de gozo cuando decidimos reanudar nuestro proceso de conversión, aunque volvamos a cometer los mismos pecados muchas veces, y otras tantas volvamos a comprometernos, a hacer lo que Dios espera de nosotros.

Cuando pecamos, Dios nos pierde, pero, cuando nos arrepentimos de hacer el mal, Nuestro Padre común, con gran satisfacción, nos halla, y nos reincorpora a su familia.

No nos ofendamos si descubrimos que la gente de bien carente de nuestra fe y los pecadores que se arrepientan de hacer el mal serán salvados, porque, la misericordia divina, supera con creces nuestra bondad humana.

El hijo mayor no quería compartir el gozo de su padre, para no estar en presencia de su hermano. ¿Nos resistimos a relacionarnos con quienes consideramos pecadores, porque pensamos que los tales son inferiores a nosotros?

No permitamos que Dios descubra que, aunque lo servimos fielmente, no cumplimos sus Mandamientos porque lo amamos, sino, porque queremos tener una buena posición, en su Reino celestial.

Dado que todo lo que tiene Dios es nuestro, nos conviene alegrarnos por causa de los pecadores que se reintegran a nuestras comunidades de fe cuales muertos que resucitan, y como ovejas perdidas, que son halladas, por el más bondadoso, de todos los pastores.

¿Quiso el hijo mayor compartir el gozo de su padre? Jesús dejó su parábola inconclusa, quizás buscando que sus oponentes legistas y fariseos debatieran el significado de la misma. En lo que respecta a nosotros, para saber si el hijo mayor recibió a su hermano por amor a su padre bueno, debemos pensar, si vamos a considerar como iguales a nosotros, a quienes tenemos por pecadores irremisibles.

7. Hagamos un compromiso que nos impulse a vivir las enseñanzas que hemos extraído de la Palabra de Dios, expuesta en LC. 15, 1-32.

Comprometámonos a no juzgar a nadie temerariamente.

Escribamos nuestro compromiso para recordarlo constantemente, y, según lo cumplamos, aumentará nuestro amor a Dios, y a sus hijos los hombres.

8. Oración personal.

Después de hacer unos minutos de silencio, expresamos verbalmente lo que pensamos, con respecto al texto bíblico que hemos considerado, y a la reflexión del mismo que hemos hecho.

Ejemplo de oración personal:

Señor Jesús: al fin he comprendido que debo aceptar a ricos, pobres, sanos, enfermos, creyentes, carentes de fe, buenos y malos, sin discriminar a nadie, y sin emitir juicios de valor, porque, solo Tú, eres Nuestro Juez celestial.

9. Oración final.

El Salmo 51 que leeremos y meditaremos seguidamente, es uno de los textos más considerados en el tiempo de Cuaresma, por medio del cual, al recordar que quizás todos hemos pecado en más de una ocasión, aprenderemos a compadecernos de los transgresores de la Ley divina que quieren volver a formar parte de nuestras denominaciones cristianas.

Nota: He utilizado en esta meditación el leccionario de la Misa y la Biblia de Jerusalén.

José Portillo Pérez espera peticiones, sugerencias y críticas constructivas, en

joseportilloperez@gmail.com